

863.53
C

EL ÚLTIMO CONSUELO.

Novela de costumbres

POR FERNAN CABALLERO.

(CON EFICENCIA)



SEVILLA.

Imp. y Lib. de D. A. Izquierdo y sob.º,
Francos 60 y 62,

—
1884.

R

1575

Votre indulgence, à vous, ne se lasse jamais,
Meres! vous n'avez point d'enfer pour les mauvais,
Et rien ne peut tarir ces sources éternelles;
L' amour dans votre cœur, le lait dans vos mamelles!

CHARLES RAYNAUD.

(Nunca, ¡oh, madres! se agota vuestra indulgen-
cia, é infierno no teneis para los malos hijos. Nada
logra secar las dos perennes fuentes que para ellos
manan en vosotras: la de savia vida en vuestros
pechos, la de bálsamo de amor en vuestros cora-
zones.)

CAPÍTULO I.

En la curva que abre el continente para formarle á Cádiz su espaciosa bahia, entre el Puerto de Santa Maria y la ciudad de S. Fernando, generalmente denominada la Isla, se halla situado Puerto-Real, el más modesto de los vecinos de Cádiz, á pesar de su nobilísima procedencia, puesto que la fundaron los Reyes Católicos, como lo atestiguan y blasonan sus armas y su bello y sonoro nombre.

Este pueblo, como los otros ó acaso más que los otros, debe su buen caserío, su elegancia, la riqueza de sus iglesias y ex-

conventos, á aquellos poderosos y espléndidos moradores de la rica y activa hija de Mercurio, que se trasladaban á ellos para gozar de las auras del campo, y variar los goces y pasatiempos de que en el pasado siglo disfrutaban sus felices contemporáneos con ánimo alegre y espíritu tranquilo. Así es que el caserío del mencionado pueblo, aunque no tan elevado, no desmerece del de una capital, aventajándole en sus jardines, en los que, si bien han enterrado los gaditanos muchas talegas, han recolectado abundante cosecha de hermosas flores; trueque que han visto las gaditanas con tanto placer como si fuesen hijas de Flora, en lugar de serlo del cisne del Océano.

Puerto-Real está separado del mar por terrenos pantanosos, cortados por caños que llena y vacía el mar en su magno é incesante bamboleo. A la izquierda, y en los terrenos que hemos mencionado, ha creado la industria las vastas salinas tan renombradas por la bondad y abundancia de sus sales. La vista que ofrecen es triste y monótona, no cubriendo estos terrenos salitrosos sino una vegetación pobre y mustia, entre la que predomina una especie de brezo llamado armajos, unos juncos llamados sapina, y una planta llamada salada, de verde ceniciento y menudas flores, las que florecen como avergonzadas y de mala gana. Ellas, madres de la dulce miel, á orillas del amargo mar, que las desdenna, y entre la incisiva sal,

que las marchita! Asemejándose en su destino estas pobres flores á la poesia en nuestra época, que presenta sus flores sola y triste á orillas del amargo piélagos de la politica, que las desdeña, y entre el incisivo y descreido sarcasmo, que las marchita! (1)

No alegran por cierto á estos parajes anfibios los enormes montes de sal que de trecho en trecho se alzan como pirámides monumentales, muy saladas en la materia de que se componen, pero muy sosas en su desfusion. Bien mirado, podría simbolizar un famoso mote y generalizado axioma, vigente y puesto en prác-

(1) Como para probar la exactitud cumplida de esta comparacion, existe y canta entre estas salinas una ROSA, cuyos dulces y sonoros cantos, que contienen siempre una *idea*, por lo regular elevada, bella y santa, la que expresan con claridad y elegancia, no alcanzan á pesar de eso, y de los merecidos elogios que de ellos hizo en *El Herald* uno de nuestros primeros y más autorizados criticos D. Manuel Cañete, todo el lauro á que son acreedores. Ya que en la prosaica era en que vivimos, la fama no cultiva ni riega las flores de la poesia, reciba al ménos esta ROSA en su cáliz, como una gota de rocío, nuestro pobre tributo de elogio y la expresion de nuestra sincera simpatia.

tica cuando la guerra de la Independencia, pero que desde entónces acá ha desaparecido con los héroes que la sostuvieron. Es este mote, que hoy día sólo á las pirámides cuadra, *En la union está la fuerza*, en vista de que estas moles se amontonan, porque así reunida, resiste la sal á los temporales y aguas del invierno, criando su superficie con las primeras sales derretidas por las lluvias una costra, sobre la cual resbalan las aguas sucesivas.

A estas pirámides, que llaman sencillamente *montones*, y que suelen reunir hasta doce mil fanegas de sal, se les hace cimientos á manera que á las casas de Amsterdam, primer puerto de la pantanosa Holanda, hundiendo en la tierra movediza enormes estacas, bastante largas para encontrar terreno sólido en que apoyarse. Esto ha dado lugar á que se diga de aquella ciudad, «que si se volviese lo de abajo arriba, aparecería como un espeso bosque». Lllaman á estos terrenos *albinas*, y á los que no se les halla fondo, *rabizas*.

A la derecha de Puerto-Real, aunque separado por iguales terrenos, esta el famoso Trocadero, de cuyo nombre se apoderó la Fama, y que hasta llenó de moños esa ligera y mudable francesita que se llama la *Moda* (1), mientras que su indi-

(1) En el año de 1823 se hicieron en París sombreros, y fabricaron telas llamadas Trocadero.

viduo permanecía en el más completo silencio, soledad y abandono. Labrado dicho fuerte en el espacio más saliente de la costa, como lo ha sido Puntales en la orilla opuesta, parecen ambos venir mancomunadamente al encuentro uno de otro, como dos valientes y alertas centinelas que guardasen uno de los tres arsenales, joyas de la Península, y vigilasen el interior de la bahía, que como salón de descanso y como hospital brinda Cádiz á los peregrinos del mar.

El Trocadero, antes de vestir la armadura y empuñar la lanza, era un pacífico y benévolo calafate, al que con motivo de volver los buques para carenarlos, denominaron *el Trocadero*, nombre que ha conservado, porque los nombres son lo más adherente que se conoce, por más que el furor de cambiarlo todo no los exceptúe hoy de su universal *quita y pon*.

El Trocadero guarece á Puerto-Real de las poderosas embestidas de la mar, á las que no resisten ni aún las potentes murallas de Cádiz; así, pues, abrigado por el fuerte, y parapetado con sus pantanos duerme tranquilo ese lindo pueblo entre sus flores, bajo la custodia de su patrono San Roque.

Pero si carece del contacto de su terrible vecino el mar, no por eso carece de su vida, y el que por la tarde pasee por su bonita alameda de carretones, que abriga con sus álamos el camino real, y desde donde el espacio se ostenta en toda su an-

chura, podrá divisar á su derecha el gran coto que se prolonga hasta las primeras alturas, las que siempre creciendo y elevándose, constituyen la Sierra de Ronda. Al frente puede ver al Puerto de Santa Maria mirándose en las aguas de su rio Guadalete; á la izquierda á Cádiz, con sus rocas por cimiento, sus murallas por pedestal, sus torres por corona, su faro por antorcha, y sobre su blanco pecho su iglesia del Cármén por santo escapulario. Y por último, puede admirar entre el Puerto de Santa Maria y Cádiz la inmensidad del mar, y al Rey de la luz apagarla con despacio entre las olas, dejando mientras descansa su misión de luz en el cielo á las estrellas, y en la tierra al faro, el más santo de los monumentos que erige el hombre, despues del templo del Señor.

CAPÍTULO II.

No admiraba ni la mar ni la puesta del sol un hombre que, montado en su burra, se encaminaba á esta hora por el camino de las canteras al pueblo. Aunque sólo contaba cincuenta años, sus cabellos habían encanecido, y las arrugas que surcaban su inclinada frente atestiguaban que las penas aventajan á los años en la triste misión de destruir al hombre.

El que se dirigia en su burra al pueblo era uno de sus honrados vecinos, que estaba casado con una mujer de aquellas que reconcilian á Dios con la humanidad;

de esas mujeres en que todo es corazón y todo lágrimas, que ponen en práctica el divino y ascético lema *amor no dice basta*, aplicándolo así al amor á Dios y á las cosas divinas, cuanto al amor de familia y al amor del prójimo, hasta hacerlo extensivo al enemigo; amor sublime que bajó de la Cruz, y se ha ido debilitando de manera, que cuando la generalidad lo ve en seres privilegiados, apenas puede darle crédito.

Este matrimonio, bien acomodado en su clase, que gozaba de buena salud y de gran consideración en el vecindario, hubiera podido ser feliz, si fuese la felicidad cumplida (por más que digan los filósofos) cosa concedida al hombre, que por la culpa degradó su propio primitivo ser y el de su estirpe. Los trabajos en el hombre; los dolores en la mujer. ¿Quién levantará ese anatema de Dios que pesa sobre la humanidad?

Amarga había sido la parte de sufrimiento que á este buen matrimonio había cabido. Padres amantes, lloraban aquel día como el primero la muerte que en la guerra civil hallaron dos hijos que habían sido su gloria, y la de una hija que había sido su encanto, y que les arrebató el mal que desde el Ganges viene á buscar sus víctimas. Unicamente les quedaba el más pequeño de sus hijos, que había acertado á ser, como le calificaba la vecindad, el Júdas de aquella honrada familia.

Bernardo, tal era su nombre, que á la

sazon contaba doce años, tenía todas las malas cualidades, que suelen nacer unas de otras. La pereza había traído la ociosidad, y ésta las viciosas inclinaciones. No había dejado de contribuir á tan peligroso desarrollo el extremado cariño de sus padres, en particular de su madre, que les impedía gastar con él el rigor necesario para domarlo. Así es que su hijo había acabado por unir á sus demas malas cualidades, el fatal espíritu de independencia, padre del desenfreno y vergüenza del respeto, hermoso sauce del vergel de las virtudes; y cuando en almas discolas y groseras falta el temor que le suple, pierde el bien en este mundo, después de su ángel custodio, su salvaguardia.

Mientras Antonio Parra, montado en su burra, caminaba cabizbajo hácia el pueblo, estaba Maria, su mujer, sentada en la sala de su casa, teniendo á su lado á una niña de seis años, á la que enseñaba la costura y la doctrina. La madre de esta niña, hermana de María, era una pobre viuda que ganaba su vida lavando en las casas pudientes, la que ni podía costear á su hija la amiga, ni tampoco podía tenerla á su lado, por lo cual su buena tía la tenía por el día en su casa.

—Véronica, hija mia,—le preguntó la buena mujer,—¿sabes ya de corrido la relacion que te ha enseñado, tu vecina la santera?

—Sí señora tia,—contestó la niña sin de-

jar de trabajar en su dechado, lo que hacía con sumo placer.

Y en seguida relató la siguiente relación:

En la gran Jerusalem
Caminaba hacia el Calvario
Una afligida mujer
Vestida de azul y blanco.
—¿Ha visto usted por aquí
Al hijo de mis entrañas?
—Por aquí pasó, Señora,
Antes que el gallo cantara,
Con una Cruz en sus hombros
De madera muy pesada,
Y una corona de espinas
Que el cerebro le traspasa.
Como el madero le abruma,
Tres veces ha arrodillado
¡Tres veces tocó la tierra
Con sus santísimos labios!
Allí salió una mujer
Que Verónica la llaman,
Con un paño que traía
Limpia aquella hermosa cara
Tres dobleces tiene el paño,
Tres caras allí estampadas.
La primera está en Jaen.
La segunda en Roma estaba,
Y la tercera en la mar
Para consagrar las aguas.

—Tia,—añadía enseguida la niña, aquella Cruz, que tanto abrumaba al Señor que lo hizo caer tres veces, ¿de qué era que pesaba tanto?

—Pesaba tanto el divino madero por su

gran tamaño: el tronco era de ciprés, de palma el palo que lo atravesaba; aquel en que asentaron sus divinos pies, de cedro, y la tablilla de las cuatro letras, de olivo; que todo tiene gran misterio, — contestó á la niña su tía. — Pero ahora — prosiguió — ya puedes dejar tu tarea y ponerte á jugar, hija mía.

La niña dobló con mucho primor su dechado, que guardó con la seda y el dedal en una faltriquera que, formada de la misma tela, tenía aneja la almohadilla; en seguida se levantó, y arrodillándose ante una imagen de bulto de la Señora, que estaba colocada sobre una mesa, cruzó sus manitas y dijo:

Virgen Santísima.

Vuestra esclava soy;

Con vuestra licencia,

A jugar me voy.

Con vuestra mano bendita,

¡Madre de mi corazón,

Aunque soy pecadorcita...

Dadme vuestra bendición!

En seguida se puso á vestir un niño de barro, que después de cuidadosamente envuelto en uno de los recortes que le había dado su tía, acostó en sus brazos, meciéndolo y cantándole suavemente la tonada que para dormir á los niños tienen sus madres, infantilmente denominada *la nana* con la siguiente copla:

Todo lo chiquitito

Me hace gracia,

Hasta los pucheritos

De media cuarta.

—¿No quieres dormir?—añadió, sentando á su niño en la falda.—Pues entonces, te voy á enseñar á rezar. Por las mañanas, lo primerito que se dice es:

¡Bendita sea la luz del día,
Y el Señor, que nos la envía!
Tenga usted muy buenos días.

—Y para acostarse,—prosiguió la niña,—se dice:

Me acuesto con mi Señor,
Que no hay otro mejor,
Ni lo ha habido, ni lo habrá,
Ni nació ni nacerá.

¡Señor,
Si me duermo, despertadme;
Si me muero, perdonadme!

¿Dónde habrá ido ese niño?—dijo al cabo de un rato la buena madre.—Ya es cerca de oraciones, su padre va á venir, y si no lo encuentra en casa se va á incomodar!

—Estará jugando al toro con los otros muchachos,—contestó la niña, que era todo lo dócil y bien inclinada que no era su primo.—¡No sé qué gusto encuentran en semejantes gritos, carreras y embestidas!

—Lo que gusta á los muchachos, no puede ni debe gustar á las niñas,—repuso su tía, que instintivamente disculpaba siempre á su hijo, aun en aquellas cosas que más la mortificaban.—El sentará, hija mia, él sentará.

—¡Ya se ve! Cuando sea viejo,—contestó sin malicia la niña.

El último consuelo.

Oyéronse carreras y desentonados gritos, de esos con que los muchachos soeces lastiman sin compasión ni miramientos los timpanos ajenos, y el niño de quien se hablaba entró estrepitosamente en la sala.

—¡Valgame Dios, hijo, cuál vienes!— exclamó su madre al notar su chaqueta y pantalones desgarrados.—¿Con qué te has hecho esa ropa girones?

—¿Qué más le da á usted que sea con un clavo ó con un gancho?—respondió el muchacho.—Si no quiere usted que me desgarre, no me haga usted los vestidos con esta tela de tiritaña.

—¿Qué habian de ser de tiritaña, hijo! Son nuevos y de *pan de pobre*.

—Pues hagámelos usted de *pan de rico*—repuso con descaro el muchacho.—Verónica,—prosiguió, dirigiéndose á la niña,—en el pretíl de tu azotea estaba tu gato; le tiré un chinarro; no lo maté; otra vez será.

—¿Y qué te ha hecho mi pobre gatito para que lo persigas?—repuso la niña, prorumpiendo en un amargo llanto.

—¡Ay qué guaza!... ¡Llorar por un gato!—exclamó el muchacho echándose á reir.—¿Pues no era menester, Doña Soponcios, enjugarte esas lágrimas con un manojo de ortigas?

—Capaz eres de hacerlo, Heródes—dijo la niña, corriendo á guarecerse al lado de su tía.

Oyéronse entónce una campanada, y despues otra, y otra, como si muchas

veces repitiese la santa voz de la Iglesia la palabra «*Orad, orad!* que acaba el día en que no habeis muerto, y empieza la noche en que podeis morir.» La tía y su sobrina, que atendían y comprendían ese lenguaje católico, se pusieron instantáneamente en pié, y la primera dijo á su hijo:

—Vamos, Bernardo, á saludar á la Virgen y á rezar, que esta mañana no tuviste gana.

—Es que ahora tampoco la tengo,— contestó éste, sacando de su faltriquera piñones, que se puso á partir y á comer.

Su buena y mansa madre, que conoció que nada conseguiría con insistir, dijo suspirando:

—Pues yo rezaré la oración dos veces,
una por tí y otra mí.

Y en seguida empezó la salutación á la Virgen; respondiendo con su voz infantil Verónica, concluyendo ambas la devoción de esta suerte:

Recibid, Virgen Maria,
Estas tres Ave-Marias
Que esta tu esclava te envia.

La primera, por los que están en agonía,
La segunda, por los que están en pecado mortal.)

La tercera, por los que andan en las aguas
de la mar)

Y peligros de la tierra;
Las pongo en las manos vuestras,
Para que sean perdonados
Nuestras culpas y pecados.

—“Y que estén á punto asados

Los piñones que he mercaderon”,
añadió Bernardo, con esa facilidad que tienen en España hasta los niños para sacar consonantes.

—Calla, Bernardo, dijo su madre apurada,—que lo que dices es un desacato.

—Así me pagáran cada uno á dos cuartos, que los habia de enristrar como sartas de pimientos,—repuso el muchacho.

En este instante llegó el padre.

—¿Tú no sabes—exclamó al entrar, dirigiéndose á su mujer entre indignado y sentido—lo que ha hecho ese mal alma?

Y señaló á su hijo.

La pobre madre se puso á temblar, y antes de saber el motivo de su dolor, asomaron á sus ojos las lágrimas que le arrancaba.

—De una pedrada ha abierto la cabeza al hijo de Juan de Silva,—prosiguió su marido.

—El me tiró primero,—dijo con desparpajo Bernardo;—quien debe y paga, cuenta saldada.

—Es mentira,—repuso su padre,—que quien presenció el hecho, me lo ha referido; pero si el diablo no hubiese inventado la mentira, la hubieras inventado tú. El muchacho, ni siquiera te habia visto cuando recibió la pedrada. Otro más provocativo que tú en el pueblo, no le hay. ¡Y estás tan fresco como si nada hubieses hecho! ¡Ni sentimiento muestras por estar desconsolada una familia por tu culpa,

malvado; ni vergüenza por haber mentido, villano!

—No he mentido,—contestó Bernardo:—me la tiró el otro día, y se la tenía guardada.

—¡Perverso!—exclamó su padre.—¡A tan tierna edad guardar rencores! Mal nacido y mal medrado, ¿quién diría que te parió esa bendita, y que por tus venas corre la honrada sangre de los Parras?

—Quien me la hace... me la paga,—murmuró entre dientes el indómito muchacho.

El padre se dejó caer sobre una silla, y tiró con indignación su sombrero sobre otra.

—¿No sabes, hijo,—exclamó con dolor su madre,—no sabes que manda la ley de Dios no vuelvas mal por mal ni con palabras, ni con obras, ni con deseos de venganza, que Dios la tomará por tí? ¿Y que dice San Juan que el que odia á su hermano es un homicida?

—María,—le dijo su marido,—te lo he dicho ya, este mal hijo á mí me va á llevar al hoyo, por su causa se te van á secar á tí los ojos de llorar, y por remate ha de tener mal fin.

—¡Madre mia, Virgen de Misericordia, que lo tenga cristiano,—exclamó cruzando las manos la ferviente cristiana.

CAPÍTULO III.

Diez años despues se habian realizado en parte los vaticinios del anciano. Bernardo habia perseverado en su mala senda, y en varias ocasiones sus locuras y temeridades le habian expuesto á un fin desastroso. Las lágrimas que sus angustias y sus penas arrancaban sin cesar á la buena madre, habian acortado en tales términos su vista, que no conseguia, por más que lo intentaba, ocultar los progresos de su mal. En cuanto al padre de este mal hijo, yacía en el lecho del que no habia ya de levantarse.

—¿Con que tampoco esta noche ha entrado Bernardo?—preguntó el enfermo á su mujer.

La interrogada no contestó.

—María,—prosiguió su marido,—estoy afrentado, y la afrenta es una pesada cruz con la que no puedo yo. Años há que tengo muerto el corazon; y el cuerpo va detrás: ese mal hijo me entierra!

—Hombre,—contestó su mujer, ocultando las lágrimas que la ahogaban,—no es tan fiero el leon como lo pintan. El se enmendará; cobra buen ánimo. Considera que dice el refran: «Carrera que no da el potro, en el cuerpo se le queda». Déjalo que desbrave; está en la fuerza de la calentura de la mocedad; ella pasará: segun son los penitentes, es menester absolverlos!

—Por tanto absolverlo está como está, Maria. Y así es que parte de esta perdición cae sobre nosotros, que no le pusimos freno desde un principio. Sino hubiese encubridores, no habría ladrones; y tú no has hecho otra cosa que encubrir sus desmanes, y darle dinero para mantenerle sus vicios.

—¿Qué dineros le habia de dar,—exclamó Maria,—si tiene el pobre siempre los bolsillos que pueden correr por ellos ratones?

—Porque cuando viene á vestirse trae la moneda gastada. No falta quien diga que tiene parte en el robo que se hizo días atrás; y aunque no sea cierto, ha caído en descrédito; y si él tiene cara para arros-trar esas voces y se echa el alma á la espalda como un perdido, no así yo, que toda mi vida he tenido vergüenza, y he-andado con el sombrero echado hácia atrás y no hácia la cara.

—Bien sabes—repuso su mujer—que nada tuvo que ver mi pobre hijo con el robo, pues aquella noche durmió en casa. Ya ves, hombre, cuántas cosas parecen lo que no son.

—Durmió en casa, gracias á una borra-chera de que no se podía tener,—repuso su marido,—porque de las veinticuatro horas, veinticinco está bebido; pero como no se pasea mas que con gentes sospechosas y de mal vivir, las sospechas que sobre aquellos caen, calan hasta él. La sangria que ha dado á mi casa no ha sido floja: y dará

con ella en tierra despues de dar conmigo en la huesa, en la que, segun me ha puesto de consumido ese mal hijo, poco dará mi cuerpo á los gusanos. Asi es que la pena que llevo conmigo al hoyo es dejarte á ti sin más amparo que el de Dios con una pena siempre viva, con ese hijo sin entrañas, el que por remate, como muchas veces te lo he predicho, ha de tener mal fin!

—¡Madre mia de la Misericordia,—rogó sollozando la pobre madre,—QUE LO TENGA CRISTIANO!

Poco tiempo despues de la precedente escena murió el honrado Antonio Parra en los brazos de su desolada compañera, con todos los consuelos divinos que hacen santa á la muerte, y con todos los consuelos humanos que la hacen suave; pero sin que su hijo, que estaba en una de sus correrias, ayudase á su madre en la santa y sublime obra de asistir á su padre.

Verónica fué la que, sin desviarse un instante del lado de su tia, partió con ella sus cuidados, y despues que faltó su tio, la acompañó y consoló en su triste soledad como una buena hija.

Era Verónica á la sazón una linda jóven muy tímida, muy retenida, muy devota y muy recogida. Vestia con mucha sencillez y recato, pero con sumo aseo y pulcritud. Su rostro, un poco parado y de buenas y regulares facciones, tenia la serena, grave y fria belleza de las Imágenes. Su habitual ademan era el de bajar los

ojos, ademan que usurpa á veces la hipocresia á la austera virtud, lo que sirve de pretexto á la *franca* disolucion para burlarse y censurarlo amargamente, aun cuando sea la sincera expresion de una persona humilde y morigerada. Guarda el espíritu antireligioso sus inagotables tesoros de indulgencia y tolerancia para mejor ocasion, esto es, para los *pobrecitos* judíos, para los *filantrópicos* misioneros protestantes que quieren ilustrarnos, como los otros enriquecernos; pero... llevar los ojos bajos y el continente morigerado, tales desmanes, y semejantes perjudiciales ejemplos, deben en bien del país y provecho de los adelantos del siglo reprimirse, menospreciarse y entregarse al escarnio!

En Bernardo la muerte de su padre no habia causado gran sensacion, ó al ménos no habia sido de especie tal que bastase á mejorar sus costumbres. Pasada la primera impresion, la falta de su padre más bien habia servido á romper el último freno que lo retenia. Este freno era el respeto que, aunque no fuese sino en su presencia, le infundian las venerables canas que ceñian como una corona de plata la frente del hombre honrado; que ese hombre honrado era su padre, y esas canas que se habian anticipado á la vejez, eran cada cual hija de un pesar causado por él. La vergüenza, que es la conciencia profana, hacia doblegarse á aquella indómita cabeza ante su padre; porque

aquel hombre, aunque malo y viciado, habia aprendido á hablar en las faldas de su madre con estas palabras: AMAR Á DIOS SOBRE TODO, HONRAR PADRE Y MADRE.

Así fué que en los primeros instantes admiró y casi envidió la conducta observada en aquella ocasion por su prima, y más adelante, al verla consecuente á sí misma en todas las circunstancias de su vida, serena siempre como el espejo que refleja el sol de Mayo, llegó á adquirir la suave Verónica, para con aquel hombre inquieto y efervescente, el dulce atractivo que tiene una tranquila y plácida bahía para el marino que en altas mares lucha entre las corrientes que lo arrastran y los huracanes que lo empujan.

Pero las osadas é incisivas miradas que clavaba Bernardo en su prima habian retraído á la modesta y encogida inocente de fijar en él las suyas, que eran tan candidas, tan puras, tan confiadas y tan serenas. Tiempo habia, ó mejor diremos, siempre habia sucedido que el lenguaje brusco, burlon y poco respetuoso de su primo habia originado en ella hácia él un alejamiento temeroso y repulsivo; evitaba con cuidado las ocasiones de encontrarse con aquel, y al efecto elegia para acompañar á su tia aquellas horas en que sabía que estaba él ausente.

En vista de lo referido, hacianse difíciles los naturales preliminares, que son al amor lo que sus albores al sol, entre dos seres tan opuestos, entre un hombre que,

una vez definido su objeto, camina á él sin ambajes, y una jóven que nunca ha pensado, ni comprendido, ni deseado, ni oído palabras de amor.

No se le ocultaba á Bernardo el desvío de su prima. Pero era él justamente de aquellos hombres á quienes empena una contradicción y enardece un obstáculo; era de esos fatales idólatras de su voluntad, llamados tercos, y la terquedad es la más estúpida fusión de la tontería y del orgullo; es vicio de los que gustan hacer alarde de todo.

Como la naturaleza poco elevada de Bernardo le hacía incomprensible que hubiese quien renunciase voluntariamente al mundo y al amor; como, por otro lado, no creyó posible que lo dejase de querer una mujer sin un motivo, y este motivo á su entender no podía ser sino el querer á otro, se puso á acechar á su prima á todas horas. Pero nada oculto pudo descubrir en aquella existencia que se deslizaba santa y silenciosamente al pié del altar y en el encierro de su casa.

No hallando las sospechas de Bernardo sobre quién recaer, se fijó en este dilema: «O Verónica no tiene amores, y en ese caso me corresponderá cuando le diga que la quiero; ó no me corresponderá, y eso será porque quiere á otro, y este otro no puede ser sino Juan de Silva, que es su vecino, y puede hablarle sin que nadie lo llegue á entender.»

Decidido, pues, á salir de dudas, Ber-

nardo aguardó una noche á su prima, apostado detrás de una esquina; de manera que al volverla Verónica, se halló frente á frente con él.

—Te aguardaba, Verónica,—le dijo Bernardo.

—¿Y para qué?—contestó ella instintivamente alarmada.

—Para decirte que te quiero,—replicó él.

Quizás aquel que no comprenda el íntimo sentir de una criatura como Verónica, imagine que ponderamos al decir que el efecto de pavor y de tedio que le causó esta abrupta declaración fué aterrador—que en aquel instante las ardientes miradas de su primo, la horripilaron cual si hubiesen sido vívoras, y que sus palabras le inspiraron la repulsa que le hubiesen causado culebras que se acercasen para enroscarla. Fué tal su turbación, que no halló su labio un sonido, ni su razón una palabra para contestar, y permaneció muda.

—¿No me respondes, mujer?—prosiguió Bernardo en un tono suave, desconocido en él.

—¡A mí no... á mí no!—contestó Verónica entre aturrullada y asustada.

—¡A tí, prima, á tí, que te has puesto tan hermosa que paras al sol; á tí es á quien quiero!

—¡A mí no!... Quiere á otra,—tornó á decir Verónica.

—¿Y por qué había de querer á otra y á tí no?

—Porque otra podrá corresponderte.

—¿Y tú no?

—Yo no.

—¿Y por qué?—preguntó, volviendo á su natural tono brusco, Bernardo,

—Porque eso de amores no es para mí—contestó Verónica:—yo no quiero amores.

—¿Pues qué quieres?

—Yo no quiero nada.

—No lo creo.

—¿Pues qué? ¿No se puede vivir sin desear algo?

—No, no se puede vivir sin desear algo; y despues de desearlo, no se puede vivir sin lograr lo que se desea. Tú á alguno has de querer; si no es á mí, será á otro, eso no puede marrar; y lo que yo deseo es que sea á mí, ¿estás?

—Bernardo,—dijo fatigada Verónica,—por Dios no me detengas con palabras inútiles, ni con chicleos que son buenos para casquivanas.

Dió un paso para irse; pero Bernardo la detuvo agarrándola por un brazo de una manera tan brutal, que la pobre niña lanzó un ¡ay! debido tanto al dolor como al sobresalto.

—¿Me haces violencia, Bernardo?—exclamó.—¿Y con qué derecho?

—¿Y con qué derecho me das tú con la puerta en el rostro sin escuchar siquiera mis razones?—repuso Bernardo.—Un grillo es y se le escucha.

—He oido tus razones, Bernardo; te las

he contestado, y me voy, porque no está bien que se pare una mocita á hablar con un hombre en la calle, aunque éste sea su primo.

—Pues acude á la reja.

—Nunca.

—Dame una esperanza siquiera, esquivá, una siquiera, y te dejo ir.

—¿Con que quieres que te engañe?

—No quiero que me engañes; lo que quiero es, ya que otra cosa no puede ser, que antes de darme un no tan pelado y tan duro como los chinos que estamos pisando, lo pienses con despacio.

—Lo tengo pensado, Bernardo, y no he de variar; te lo digo porque me gustan las cosas claras y sin vuelta de guía.

—Es que todo no lo tienes pensado,—repuso con comprimido despecho Bernardo;—quédate que pensar que si me desprecias, en Juan de Silva me tengo de vengar.

Bernardo se alejó, dejando á la pobre Verónica más atónita aún de oír nombrar á Juan de Silva, con el que no tenía ninguna clase de relaciones, aunque era su vecino, que asustada de la amenaza.

CAPÍTULO IV.

Algunos meses despues de la muerte de su marido, estaba la pobre Maria sentada en su solitaria sala.

En su pálido y marchito rostro se veían unidas las huellas del sufrimiento peren-

ne y del temor incesante, como se ven en un barco que naufraga á impetus de las olas del mar que lo asaltan y del huracan que lo zamarrea, los destrozos que unidos le causan ambos elementos. Verónica estaba á su lado, semejante á los ángeles de Dios, á quienes no ahuyenta, sino á quienes atrae el dolor para ejercer su mision de consuelo.

—Tía, ¿qué tiene usted,—le dijo con su suave y queda voz á Maria,—que desde esta mañana no se le secan las lágrimas? Ya le han hecho á usted surcos en el rostro, y acabarán por hacerle canales.

—Hija,—contestó Maria, estoy que no puedo parar y no quepo en el mundo. Tu primo no ha entrado desde ayer de mañana que salió.

—Señora, ¿no está usted hecha á que esto suceda? Habrá ido á los toros del Puerto.

—Aunque eso fuera, debería haber vuelto ya: los toros fueron ayer.

En este momento entró azorada y precipitadamente la hermana de Maria, madre de Verónica, y le dijo con la abrupta franqueza del pueblo:

—¡Maria, en la calle larga hay una ríña, y tu hijo es uno de los que se hallan en ella!

Maria se levantó desatentada, y aun sin tocarse su pañolon, se arrojó á la calle dirigiéndose despavorida hacia el sitio indicado.

Su hermana y Verónica, á pesar de su

espanto y de su terror, salieron á alcanzarla: porque el pueblo mira con harto más respeto las relaciones de familia que la clase que se denomina culta, y atiende á las obligaciones que impone con harto más cariño y respeto.

Cuando llegaron al sitio de la riña, vieron á Maria, esa mujer tan blanda de corazón, tan retenida por hábito, tan temerosa y encogida por carácter, arrojarse entre dos hombres, que, lívidos los semblantes por la ira, y ardientes los ojos por el furor, terciada una manta en el brazo izquierdo y teniendo en la mano derecha una larga y ya ensangrentada navaja, se preparaban á darse una embestida.

—¡Hijo, hijo!... Qué vas á hacer?—gritó abalanzándose á uno de ellos.

La madre del otro combatiente habia acudido tambien con una hermana, y lo sujetaban cada una por un brazo, pero sin que gran esfuerzo fuese necesario, porque en este instante vaciló, sus ojos se cerraron, la navaja se escurrió de sus manos, y cayó sin sentido.

—¡Le mató!...—murmuraron los que al ruido de la pendencia habian acudido.

—Quitate de en medio, Bernardo,—dijo á éste uno de los conocidos;—mira que han ido á avisar á los civiles.

Bernardo, que se desangraba por una ancha herida en el costado, se alejó, apoyándose en su madre, cuyos vestidos empapaba con la caliente sangre que vertia, y cuyos castos y religiosos oídos heria con

las obscenas blasfemias y palabras de venganza que le arrancaba el furor al sentirse mortalmente herido. A su otro lado iba sosteniéndolo Verónica, aterrada, pero atenta y silenciosa, y su tía le anudaba con fuerza su ceñidor para comprimir la hemorragia.

Así caminaban lentamente, solos y sin auxilio; porque los hombres todos habían huído, con ese temor profundo que hay en España á verse comprometido á figurar como testigo en una causa criminal.

Nadie hablaba. La debilidad y el cansancio habían hecho callar al herido; los demás callaban por no darle pábulo á volver á prorumpir en su horrible lenguaje, que, sin freno ni reprension, va cundiendo de un modo espantoso, y como no se oye en nacion civilizada alguna, pero ni aun entre los salvajes. ¿Para qué pagan las gentes honradas las contribuciones y la policia, si no ha de servirles para evitarse á si, á sus mujeres é hijos este intolerable vejámen.

¿Qué grupo formaban estas hermanas de Caridad (en llegando la ocasion todas las mujeres lo son) alrededor de la cama en que fué acostado aquel hombre de espantoso aspecto, el que más pálido por grados á medida que iba perdiendo su sangre, con los ojos cristalizados, la mirada extraviada y perdida, la boca entreabierta y la respiracion estridente, yacia inmóvil é insensible! ¿Con qué consagrado amor manchaban de sangre, debida al delito,

sus puras é inocentes manos al aplicar á la herida paños mientras llegaba el cirujano! ¡Con qué caritativo celo secaba Verónica con su blanco pañuelo el sudor con que bañaban la frente del herido las fatigas de muerte que le causaba la pérdida de la sangre! ¡Señor, estos prodigios de santo y consagrado amor, de valerosa y paciente caridad, te ofrece la humanidad para que en favor de ellos no reniegues de la criatura que criaste y que olvida su elevado origen, su misión en este mundo, y su destino en la eternidad!

El cirujano declaró la herida grave, pero no mortal.

Después de la cura, el herido acabó de perder del todo el conocimiento, y quedó sumido en un letargo semejante á la muerte.

Entonces María, exenta ya de la activa asistencia que reclamaba su hijo, cayó desplomada sobre una silla, y ocultando su rostro entre sus manos, prorumpió en sollozos, clamando con desconsuelo:

—¡Había de tener mal fin! ¡Así lo predijo su padre!

—Tía, no se aflija usted, ni piense lo peor,—replicó Verónica.—Eso lo dijo tío en el supuesto de que no se enmendase. ¿Quién sabe si Dios se vale de este medio para preparar su enmienda? ¿No vemos en la vida de los Santos á cuántos de ellos llamó Dios á sí por medio de enfermedades, naufragios y otras calamidades que han puesto á los hombres frente á frente

con la eternidad? Bernardo sanará, tía, así lo ha asegurado el médico, y mediante Dios. sanará á un tiempo de cuerpo y de alma.

—¡Verónica, hija mía, Dios te premiará el bálsamo que dan tus palabras de consolación á mi alma! ¡Tú no sabes, hija, lo que es una pena sin consuelo!

—No las hay, tía,—repuso Verónica.—Dios los tiene muy grandes y muy dulces para quien se los pide, y el mayor de todos es el que Su Majestad se digna recibir nuestras penas como ofrendas cuando se las ofrecemos. ¿Quién, pues, por tal de tener una ofrenda que ofrecer al Señor que le sea grata, no quisiera sufrir, como lo ansiaba Santa Teresa?

—Madre mía si decretada está la muerte del hijo mío, si la he de presenciar como presencié la de su padre, conforme estoy, y cúmplase su santa voluntad! ¡Pero tú, Señora y afligida madre, alcánzale á otra su último consuelo, y logra por tu intercesión bendita que tenga el hijo, como la tuvo el padre, una muerte cristiana!

CAPÍTULO V.

Al tercer día que sin moverse de la cabecera de su hijo pasaba María entre la agonía del temor y los consuelos de la esperanza, sin que sus ojos se cerrasen ni hicieran otra cosa que verter lágrimas, sin que sus labios se abriesen para otra cosa que para orar, salió el paciente de

su letargo, y dió señales de vida, esto es, suspiró é hizo algun movimiento.

Bernardo habia pronunciado algunas palabras, y su madre se inclinó hácia él prestó el oído y pudo distinguir las siguientes:

Allí salió una mujer
Que Verónica la llaman,
Con un paño que traía...

—¡Tu relacion, Verónica! exclamó Maria. ¡Aquella que decias cuando eras pequeña! ¡Retrocede, hijo de mi alma,—añadió, dirigiendo sus palabras al enfermo—retrocede al tiempo de tu inocencia! ¡No lo creas imposible, y por eso no te desanimas, hijo de mis entrañas! El arrepentimiento y la enmienda nos abren nueva vida; y el padre sienta al hijo pródigo que lo implora á la cabecera de su mesa. Así lo ha dicho el mismo Dios hecho hombre, brindándonos el perdon, que á tan poca costa podemos adquirir, pues.

Al que llorando, á Dios suspira y pide
Siempre le acoge y nunca le despide.

—¿Quién me habla de Dios?—dijo el paciente, abriendo los ojos y fijándolos en Maria.—Mi madre. ¡Quién habia de ser sino mi madre!

—Es mi obligacion, hijo de mi alma.

—¡No me digais, hijo!—exclamó Bernardo.

—¿Y por qué no, ingrato?

—¡Porque no merezco serlo!

Diciendo estas palabras, el enfermo prorrumpió en un amargo llanto y tuvo una fuerte congoja.

—La debilidad,—dijo el cirujano, que entraba en aquel momento.

—¡Dios, que por la intercesion de su Santa Madre, abogada de todas las madres, le toca en el corazon!—exclamó María entre lágrimas de gozo.—¡Pues qué, señor! ¿Sólo el cuerpo influye en nosotros?

—Un poco de vino,—mandó el cirujano.

—¡No, no!—exclamó Bernardo.—¡No quiero probarlo en mi vida!

María cruzó sus manos con exaltada gratitud, y alzando sus ojos al cielo, dijo:

—Antonio, desde la mansion de los justos bendice á tu hijo, y retira el terrible fallo que te infundieron tus temores!

—¡Vamos allá!—dijo riéndose el cirujano al paciente. 'Todo Enero es buen alcalde. No vuelvas á beber vino cuando estés restablecido; me parece bien; pero ahora toma este poco, te lo mando yo por medicina. Enseguida que tome una taza de caldo, y que no se le hable ni se le consienta hablar. ¿No se lo dije á usted, tia María,—añadió el cirujano al despedirse,—no le dije á usted que á pesar de la gravedad de la herida sanaria? Mala yerba nunca muere.

María suspiró al volver á recomendar el cirujano que no se hablase al enfermo, conociendo que perdía los mejores momentos para atraer á su hijo al bien y á la religion de que únicamente aquél dimana, sobre todo en el pueblo, para el que no han podido hallar todos los filóso-

fos antiguos ni modernos otro código de moral que comprenda, que le mueva, que le convenza, que le simpatice, ni que le hable al alma y al corazón cual éste; lo que, aun faltando la revelación, probaría su origen divino.

Algunos días después ya se hallaba Bernardo en plena convalecencia.

—Con que, hijo mío,—le decía una mañana María,—no beberás ya más vino?

—En la vida de Dios, madre; que más de cuatro cosas no he hecho yo, sino el compañero que traía (1).

—Lo sé, hijo lo sé; porque sé también que tú no eres malo: la mocedad, el vino, las malas compañías, todas las asechanzas del enemigo... Ya confiaba yo en la Virgen, la que tanto vale con el que tanto puede; y para que tú te cerciores de este valimiento, y cobres buen ánimo y confianza de que Dios te ha de perdonar si arrepentido se lo pides, te voy á contar un ejemplo.

«Había una vez una pobre viuda, que no tenía mas que un hijo, y era éste un facineroso de los más sonados. La pobre madre se moría de pena, y no comía un pedazo de pan que no estuviese empapado en sus lágrimas. No tenía la desgraciada más refugio, más consuelo, ni más esperanzas, sino en sus oraciones á la Virgen, para que se apiadase de aquel per-

(1). El vino.

didó sin fe ni ley, y le volviese á traer al santo redil del Buen Pastor. Entretanto, aquel perdido seguía en su mala vida asumiendo iniquidades, hasta que llegó el caso de que, perseguido y acosado por la justicia, no hallaba albergue en que hospedarse, ni guarida en que refugiarse. Huyendo, pues, sin saber dónde esconderse, se internó por esos andurriales de Dios, y llegó á un yermo solitario en que había una capilla. Como estaba rendido de cansancio y fatigado por el calor, entróse en ella para descansar. Apoyóse en una columna, y levantó la vista hácia el altar, sobre el que se veía una hermosa imagen de bulto de la Señora con el Niño en brazos. Mirábala el facineroso, apartaba la vista y la volvía á mirar. Al verla con el Niño en brazos, se acordaba de su madre, y una angustia amarga fué creciendo y subiendo más y más en su corazón, como la marea del mar. ¡Quería sacudirse, y no podía; quería irse, y se volvía!... Porque aquella Señora le miraba á él con tanta dulzura y tanta compasión, que parecía rogarle que no se fuese, hasta que, brotando copiosas lágrimas de sus ojos y doblándose sus rodillas, cayó postrado clamando:

—¡Misericordia, madre mía, misericordia!

Al verle postrado y derramando muchas lágrimas la Virgen le dijo al Niño:

—Hijo mío, perdona á este pecador arrepentido.

Pero Jesús respondió:

—No puede ser; sus maldades superan toda clemencia.

El malhechor, que esto oía, se golpeaba el pecho, sollozaba y exclamaba:

—¡Madre de Desamparados, mírame desamparado de Dios y de los hombres por mis maldades! No me desampares Tú también. Refugio de pecadores; así me enseñó mi madre á llamarte, aquella madre que tanto confiaba en tu intercesión.

—¡Hijo,—tornó á decir la Virgen.— por su madre, que fué tan devota mía; por sus lágrimas, y por la preciosa sangre que derramaste para redimir al pecador... redime al que á tus piés ves postrado!

El infeliz pecador, al oír esto, se echó al suelo golpeándose su frente contra las losas del pavimento y gritando:

—¡Madre mía! ¡Madre mía! ¿Me he de condenar? ¿Serán para siempre cerradas las puertas del cielo al que, aunque tarde, abre los ojos á la luz y detesta sus culpas?

—Hijo, ¿desde cuándo eres sordo á la voz del arrepentimiento?—dijo la Virgen.

—¿Qué más que otro ha hecho este pecador?

—Se ha emancipado en su soberbia de su Dios.

—Ahora se le humilla, y le adora postrado.

—Ha profanado mi templo.

—Ahora le consagra y purifica con sus lágrimas.

—Ha causado grave escándalo y mal ejemplo.

—Ahora edificará con su conversion.

—Ha sido un mal hijo.

—Su madre le ha perdonado.

—Sus crímenes son muchos.

—Más son sus lágrimas de contrición.

Y bajándose la Señora del altar, puso sobre él á su Hijo que tenia en brazos, se hincó de rodillas y le dijo:

—¡Hijo, aquí postrada te pido la gracia de este pecador!

—¿Qué haceis, qué haceis, Madre mia?

—dijo el Niño, alzando á la Señora.—

¿Quién vió nunca á una Madre arrodillarse ante el Hijo que parió? Alzad, y séale perdonado á aquel que tanto en vuestra misericordia y valimiento confió.

Al oír esta misericordiosa sentencia, el pecador alzó los ojos, abrió enajenados los brazos, dió un grito de júbilo, y murió, porque su dolor fué tal, que le habia partido el corazon en el pecho.

Ya ves, hijo,—añadió María,—que no hay caso en que esté proscrita la esperanza, ni negada la misericordia al arrepentido contrito del que muere cristiano.

—¡Lo que es tener una buena madre!—dijo Bernardo.

—Y esa la tenemos todos en la Virgen Santísima,—repuso María.

Pocos días despues, y cuando iba convaleciendo de cuerpo y alma, fué preso Bernardo y llevado á la cárcel, pues aunque su contrario no habia muerto, apare-

cia Bernardo, segun las declaraciones, como el agresor.

¡Qué contraste y qué escuela y ejemplos iba á tener aquel hombre naturalmente mal inclinado!

Renunciamos á pintar el dolor de su infeliz madre.

CAPITULO VI.

Un año despues estaba la desdichada madre casi ciega, destruida y enferma, pero paciente y sumisa, oyendo á Verónica, que le leía una carta escrita en papel fino y con buena letra. En el devastado semblante de aquella mujer, viva imágen del sufrimiento, se veía una dulce expresion de consuelo, que si bien no brillaba en sus casi apagados ojos; posaba en suave sonrisa sobre sus lábios.

—Siempre, hija mia,—dijo la pobre madre,—hay que dar gracias á Dios, que nunca hiere con dos manos. La herida que ébrio hizo mi hijo á Juan de Silva, que se creyó mortal, no lo ha sido, y Dios le sanó en su infinita misericordia! Loado sea! Que no tiene mi hijo una muerte sobre su conciencia! Fué condenado el pobre por cuatro años al presidio de Melilla, y una buena alma consiguió que viniese al Trocadero, donde están los presidiarios trabajando; así podemos ir á verle á menudo. Está el infeliz desesperado, por tener que estar cuatro años en presidio, y me amenaza de continuo con que

se fugará conforme se le presente ocasión, sin atender á las razones que le doy para hacerle ver que eso sería peor, y que debe sufrir su condena con paciencia y resignación. Y mira tú ahora cómo esa señora tan rica y tan principal que estuvo aquí este verano á los baños de mar, á la que tu madre habló de mi desgracia, y que prometió que haría cuanto pudiese por aliviarla, ¡mira con qué eficacia y con qué caridad lo ha hecho! ¡Cómo ha hablado su señoría á todos los gobiernos, ha escrito á Sevilla á los justos jueces, y cómo se toma el trabajo de escribirme de su puño y letra para consolarme y decirme que en pocos meses cumplirá mi hijo su condena, que le ha sido acertada por ruegos y empeños que ha hecho su mercé hasta llegar al Regente, á quien ha expuesto que soy una pobre viuda, casi ciega y enferma, que no tiene quien la mantega, ni más amparo que ese solo hijo!

—¡Ojalá y lo fuese!—murmuró suspirando su sobrina.

—¡Y que haya—prosiguió la excelente anciana—pobres discolos, de malas y desagradecidas entrañas, que se pongan á murmurar de los ricos, sin más razón que la de no serlo ellos! Estoy para mí, Verónica, que estos mismos que los motejan, si ricos fuesen, y los ricos pobres, los habrían de tratar con harta más soberbia y altanería, y con ménos caridad que son tratados ellos. En particular las señoras,

nunca, nunca desmayan cuando toman á su cargo una obra de caridad. Allá se lo hallarán, que Dios es buen pagador. El Señor le pague á esta bienhechora lo que ha hecho por mí, y le dé á ella y á todos los suyos salud para hacer muchas obras de caridad, y la gloria, que es su recompensa.

—Bien se lo puede usted agradecer,—dijo Verónica,—que gran favor ha alcanzado.

—Verdad es,—repuso María.—Pero, hija mia, ¿no basta para castigo de lo que ha hecho, sin saber lo que se hacía, por que quien allí obraba no era él, como lo confesó, sino el compañero que llevaba; no basta, digo, un año de grillete en aquellos piés, que tanto he besado cuando era chico y lo tenía en mis faldas? ¡Ay! ¡Que no permanecieran siempre pequeños en sus cuerpos y ángeles en sus almas los hijos! ¡Crecen para penas! Verónica,—continuó la buena madre,—quisiera ir yo misma á llevarle esta carta á mi hijo.

—¡Señora.—repuso su sobrina.—Tan mala como habeis estado y estais, con la debilidad que teneis despues de tantos dias de no comer, cuando apenas os podeis tener en pié, ¿quereis hacer esa caminata? ¿No veis que no puede ser?

—¡Sí, hija, sí! ¿No sabes que la alegría da fuerza? Pero en fin, por si no pudiese llegar á pié, anda, hija mia, ve á ver si está en su casa Miguel Santos, el lanchero, y si en caridad de Dios me quiere llevar en su lancha.

Verónica se tocó el pañuelo y fué á buscar al lanchero, con el que volvió al cabo de un rato para que entre los dos condujesen á su tia hasta el embarcadero.

—Solamente por usted, tia Maria, me movia yo hoy. He estado esta noche pescando con hachon, y queria descansar. Además, tengo el ánimo perturbado, porque la noche ha sido de prueba, y puede usted creermme, que el lance no ha sido para ménos, y eso que nadie lo sabe sino quien lo pasa.

—¿Y qué le ha acontecido á usted, señor? Que la noche ha estado serena y apacible, como tengo yo hoy mi ánima, gracias á Dios y á las buenas almas,—dijo Maria.

—Sabrá usted—repuso el lanchero—como estando yo en mi lancha pescando en el caño del Trocadero, á eso de las doce de la noche oí hácia los centros de las albinas un són tan lastimero que se me heló la sangre en las venas. Yo no acertaba en lo que podria ser aquel són: si era el aullido de un perro, si el graznido de algun ave de la noche venida por esas mares de lejanas tierras, si el quejido de alguna criatura, ó si el gemido de algun alma en pena, porque la distancia de donde venia era grande; y si á mi llegaba era porque la noche estaba más serena y más callada que la muerte. Bien sabe todo el que conoce á Miguel Santos que no es de los que vuelven la espalda cuando hay peligro, ni de los que se perturban por poca cosa; pero

puede usted creermé que el vello se me erizó de piés á cabeza. y me persigné como cristiano, porque tampoco soy de aquellos que no le temen ni á Dios ni al diablo. Así fué que me serené, y me puse á escuchar por si me podia cerciorar de lo que era aquel clamor. Pero entónces fué peor, porque poco á poco vine á caer en que era una voz de criatura que empezaba con los brios del que llama, y remataba con el desconsuelo del que se queja. Lo grande era que lo oía siempre el mismo, á la misma distancia y hácia el mismo punto, sin variar, sin otro ruido alguno, como la campana de la agonía. Me discurri si serian señales de contrabandistas; pero no, no podia equivocarse! Aquel era un gemido como no permita Su Divina Majestad que vuelva yo á oír otro en mi vida! Cada vez que le oía, me levantaba en peso como una sacudida! No podia pescar, ni podia parar, ni hacer otra cosa que encomendar aquel desgraciado á la clemencia de Dios, porque ya le he dicho á usted que estaba la noche más negra que la conciencia de Júdas, y que aquel gemido sonaba muy lejos de donde me hallaba yo, hácia las rabizas y los barriales en que se hunden las criaturas, y por entre los cuales sólo puede andar de día y con mucho cuidado el que conoce los sitios, pues en dando uno en un barrial, de Dios le venga el remedio!

El lanchero hizo una pausa, y levantó el cabello de su frente, como si esta le ardiese.

—Pero, señor,—dijo María, llena de profundo interés y compasión al escuchar el relato,—¿usted ha averiguado lo que ha sido?

—Sí señora—contestó el lanchero,—que el alba con sus luces vino á confirmar lo que rato había me estaba dando el corazón. Es de advertir que á medida que pasaron las horas se fueron debilitando y extinguiendo los clamores; pero como yo no había perdido el norte, me desembarqué, y como pude me encaminé hácia allá, porque conozco las albinas y marismas como las palmas de mis manos. Lo que me presumí había sucedido: un infeliz, ó ignorante del peligro, ó más temerario que el vino, había venido á dar en una rabiza y se había hundido poco á poco, pero sin discontinuar, en su sepultura! Toda la noche había durado ese entierro de un vivo, y el barrial se lo había tragado, sin dejar más que un brazo que el desdichado había levantado como para señalar su sepultura.

—¡Jesus! ¡Jesus! ¡Qué desgracia!—exclamaron á un tiempo Verónica y su tía.
—¿Y quién será ese infeliz?

—No puede ser—repuso el lanchero—sino de los presidiarios que han traído al Trocadero, que habrá querido escaparse esta noche.

Entró en este instante un encargado del presidio.

—Vengo,—dijo ásperamente.—á registrar la casa.

—Señor... ¿por qué?—preguntó sobresaltada María.

—Porque su hijo de usted se ha fugado esta noche.

Maria dió un agudo grito, abriendo las manos, extendiendo hácia adelante sus brazos, como si quisiera apartar de sí una espantosa convicción.

—¿Qué tiene?—preguntó el encargado.—¿Qué es esto?

—Es—respondió el lanchero,—que el que se fugó erró la senda; dió en un barrial, y se ha enterrado vivo.

—¿Lo sabeis de cierto?

—Estuve, puede decirse, presente,—respondió el lanchero, sin tener ni haber medios humanos de remediar la desgracia. Id á la albina, y si no se lo ha tragado ya la tierra, vereis un brazo que dice: «Aquí yace un cristiano.»

El encargado salió.

Maria, que habia enmudecido un momento como anonadada por la fuerza del golpe, se levantó ahora bruscamente con la energia de la desesperacion.

—¡Hijo! ¡hijo mio!—gritó.—¡Hijo de mi vida! ¡hijo de mi alma! ¡hijo de mis entrañas! ¡Hijo! ¡hijo! ¡Qué habrá sufrido, Maria Santisima! ¡Qué desamparo! ¡Qué desconsuelo! ¡Morir sin auxilio divino ni humano! ¡Y yo que te parí, dormía! ¡Y yo que soy tu madre, no te prestaba auxilio! ¡Ay, Dios del cielo, Dios del cielo! ¡Qué bien dijo su padre: *Mal fin ha de tener!* ¡Ay, ay, que los fallos de los padres son profecias! ¡Ay, ay, que el dolor me ahoga, que el dolor me mata! ¡Qué dolor,

qué dolor! ¡Ay de mí, madre infeliz! ¡Ay, hijo desventurado! ¡Dios nos ha desamparado á ámbos!

—¡Tía, tía!—exclamó Verónica entre sus lágrimas.—Dios no desampara á nadie.

—¡Pues que me ampare, que me ampare!—gritó en ahogada voz la infeliz madre.

—Decid antes, como hija sumisa, *cúmplase su voluntad*,—dijo sollozando la religiosa Verónica.

—¡Cúmplase!—repitió cruzando con un temblor convulsivo sus manos la desesperada madre.—Y si, cual el hijo de mi alma he de morir sin consuelo.... ¡cúmplase! ¡cúmplase!

—Uno os queda,—dijo en voz grave y conmovida el lancharero.

—¿A mí? ¡No lo hay para mí!—gimió María.

—¿Y no lo sería—dijo el lancharero—la seguridad de que hubiese muerto como cristiano?

—¡Ah! ¡Si esa la tuviese yo!... ¡Si la Virgen Santa hubiese oído la petición de toda mi vida, desde que madre soy!...

—Pues podeis tenerla;—dijo el lancharero.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Que la puedo tener?—murmuró la madre con una emoción que ahogaba la voz en su garganta.—¿Quién me lo asegura?

—Yo, que sé su último pensamiento,—dijo el lancharero.

—¿Lo sabeis? Pero.... ¿cómo lo sabeis?
¡Decidlo, por Dios, decidlo!...

—Porque lo manifiesta la cruz que con sus dedos tenia formada, y que cruzados quedaron despues de muerto, y alzados sobre su sepultura para atestiguar que murió como cristiano, esto es, arrepentido de sus culpas, creyendo, amando y esperando en Dios.

La ferviente cristiana cayó de rodillas, cruzó sus manos y exclamó:

—¡GLORIFICADO SEA DIOS! ¡Y bendita Tú, MADRE DE MISERICORDIA, que oiste mi ruego y alcanzaste que se cumpliera, pues la muerte de mi hijo ha sido la de un cristiano! ¡Bendita sea la Providencia de Dios, que me ha enviado MI ÚLTIMO CONSUELO.

La pobre madre cayó hácia adelante con el rostro en tierra. Cuando la levantaron era cadáver.

Su débil vida, mortalmente lastimada por el golpe cruel que habia recibido su corazon, y á la que solo sostenia la vehemente energia de su dolor, se habia extinguido cuando aquella cedió al recibir SU ÚLTIMO CONSUELO.

FIN.